



ARTE MODERNO

DARIO DE REGOYOS

BIBLIOTECA NAC. MEXICO

Lo que conviene observar en la pintura contemporánea, sea española o extranjera, son las manifestaciones nuevas; lo que importa estudiar son los artistas que van en búsqueda de un camino que no sea el trillado. A esos pertenece, sin duda alguna, Darío de Regoyos: su obra personal, inesperada y sincera,—es de las merecedoras de toda suerte de atención. Se ha desviado de la veneranda rutina; ha derribado antiguas barreras; ha luchado, y aún sigue luchando, ¿pero no es esa lucha necesidad inexorable, y anuncio de la victoria definitiva? Sus lienzos, que por su novedad, sorprendieron al público timorato hace algunos años, no le aturden ahora tanto. Al autor no le preocupa esto: en el recogimiento y la soledad, distante de los aplausos que ya empiezan a oírse y de las griterías que van apagándose, se da cuenta de su fuerza. Por lo demás, nadie como él odia y desprecia el reclamo; huye desde mucho tiempo de la baraunda de las exposiciones, donde su pintura no tiene nada que hacer. Con tal que pueda trabajar incesantemente, queda satisfecho.

Por raro que desde luego parezca, la obra

Continuamos en este número la sección de arte contemporáneo, que en números anteriores hemos empezado.

A Darío de Regoyos, exquisito pintor hispano, dedicamos la primera parte de esta sección, reproduciendo al efecto un bellissimo fragmento de un estudio en extremo interesante debido a la pluma de un notable crítico de arte, cuya firma encontrarán nuestros lectores al pie del propio artículo.

de Darío de Regoyos constituye la verdadera tradición de la pintura: bajo las apariencias de un novador, damos con un clásico. Siguiendo el ejemplo de los maestros, busca no lo que éstos hicieron, sino cómo lo hicieron. Parece haber meditado y puesto en práctica aquel admirable precepto de Puvis de Chavannes, que dice: «De los maestros han de imitarse las virtudes; no las formas». Efectivamente: no se trata de contemplar la naturaleza a través de las producciones de nuestros antepasados, según los cuadros de los museos, cuyos colores alteraron el tiempo y los barnices ennegrecidos y mugrientos.

Al arte de sus predecesores añadió Darío de Regoyos su personalidad un poco intrasigente, su temperamento suavemente obstinado, su observación violenta, y, al mismo tiempo, ingénua, aplicada casi exclusivamente al aire libre. Huelga, en efecto, decirlo: no es Regoyos de los que en su taller van buscando, a favor de ropajes cuidadosamente arreglados, una claridad rara, una disposición agradable, para conseguir la aprobación de los aficionados y suscitar sus aplausos. Huye de la habilidad, de la des-